

VIII Encuentro de SOFIASS Santiago 20 Octubre 2007

¿Qué queremos decir con la palabra amor?

¿Hasta dónde me pongo en juego para hacer político el amor en mi práctica educativa y en las relaciones?

Charo Altable Vicario

Siento y pienso el amor en educación como una invitación y deseo de las almas. Una llamada, un deseo y una invitación a la mirada y la escucha. El otro y la otra nos invitan a mirar su ser íntegro y a qué le dejemos mirar nuestro ser íntegro, sin juicios, tan sólo con preguntas que nazcan de un deseo de comunicarse y de ir más allá de las apariencias. Nos invitan, por tanto a ponernos en juego con palabras que salgan del corazón, respetando los silencios y el ritmo de cada cual, como en la música.

Esa capacidad de mirarse y mirar a la vez a otras y otros es un arte que requiere tiempo, ritmo y silencio para retornar y no perder el origen, aquel origen materno en el que fuimos acogidas, miradas, escuchadas y lanzadas a la vida. Entonces, *cuando nos ocupamos del origen, las posibilidades se vuelven infinitas.* (Pamela K. Metz, Jacqueline L. Tobin, El Tao de las mujeres, 1999: 71)

El amor abre puertas y muros, que tratan de controlar y retener nuestros pensamientos, emociones y deseos de saber dentro del marco de la rutina, de lo ya dicho, pensado o hecho por otros. Es como un aliento que viene de lo más profundo de nuestro ser, que no puede partir más que de sí mismo. Este aliento levanta el polvo y la rutina de la costumbre y de las fijaciones anquilosadas en una seguridad, por miedo a lo imprevisto. Pero el ser, el existir, el deseo, siempre es imprevisto. Hace falta prestar atención y centrarla en nuestro sentir íntegro, nuestro cuerpo, nuestra respiración, nuestras emociones y reflexiones, pues todo ello forma un corpus que no se puede separar en el amor ni en la relación con la otra y el otro en educación. Entonces aparece la verdad de la vida humana porque *cuando la vida humana no acepta dentro de sí cierto grado de verdad operante y transformadora queda sola y en rebeldía, y cualquier conocimiento que adquiera no le bastará. Seremos sabios y bárbaros, porque el corazón sigue rebelde, los instintos sin domar y la voluntad sin freno y por la incapacidad de actuar verdaderamente y de hallar comunicación efectiva.* (Zambrano, Hacia un saber sobre el alma, 1987: 64)

No nacemos de una vez por todas. Cada experiencia puede nacernos a un nuevo mundo si ponemos en juego nuestro ser. Hemos de estar *incesantemente de parto de sí mismo y de la realidad que lo aloje.* (Zambrano, 1987:94) Y, como todo parto, es a la vez doloroso y gozoso, saliendo a la luz de la sombra, naciendo a una nueva conciencia. Esta sería nuestra tarea; hacer que nazca cada ser, desde la sombra donde está atrapado, a su luz, en lugar de intentar ocultar la sombra sin mirarla. Esta ha sido mi experiencia personal y profesional. Aunque no siempre ni inmediatamente lo haya conseguido, he encontrado la luz no huyendo de mi sombra, del lugar oscuro en el que me encontraba a veces, sino mirando, respirando y escuchando lo que venía de la sombra. Y eso mismo es lo que he tratado de hacer en mi relación de educación, como profesora de chicas y chicos adolescentes. He visto en la adolescencia, aunque de diferente forma en las

chicas que en los chicos, su dolor y su deseo de nacer y convertirse en mujer o en hombre.

Observando su diferencia femenina, he mirado y escuchado en las chicas sus primeras experiencias amorosas, sus goces y sus sombras, sus fijaciones y fusiones en un amor que pronto encontraban no correspondido, un amor que hacía estragos en su cuerpo y en su alma, y que podía constituir un corte decisivo y un punto de partida para nacer a otro ser nuevo, más libre, *como independencia simbólica del otro, el orden masculino, generado, no obstante, del ponerse en relación con él, del tenerlo en cuenta*. Piusi, Educación nombre común femenino, 2006: 27) Nada de esto estaba contemplado en las aulas ni en los programas. Las y los adolescentes eran vistos como una enfermedad que hay que pasar, a la que es necesario poner límites claros y rotundos, normas, disciplinas y técnicas, nuevas o viejas. Eran vistos y vistas como conjunto no diferenciado, a no ser como buenos o malos alumnos y alumnas, como conjunto en el que surgen conflictos, que hay que saber dominar, y no como singularidades que nos interrogan, deseando captar nuestra mirada precisamente cuando nace el conflicto. Pero si en lugar de tapar el conflicto con técnicas, cada vez más numerosas que buscan darnos seguridad, podemos escuchar, preguntarnos y preguntarles acerca de sus necesidades y las nuestras, si nos paramos en este vacío, de no saber qué hacer ni qué respuesta dar, entonces puede surgir algo nuevo. Sin embargo, esta parada en el vacío ha de estar llena de confianza en su creatividad y la nuestra para que pueda fructificar. En este vacío puedo acompañarles y acompañarme, buscando preguntas nuevas en las respuestas ya dadas, porque, como dice María Zambrano, es *como si el que entra en la adolescencia tuviese necesidad de cambiar un tanto el mundo, de encontrar un mundo suyo, un mundo propio*. (Con datos de niebla, 2002: 92)

Muchas veces me he preguntado por qué, a pesar del dolor y la inquietud que me producía, he trabajado casi siempre con adolescentes difíciles. No era tan sólo un reto. Indudablemente su posición en el mundo me interrogaba a mí. Algo en mí y no sólo en ellas y ellos se tambaleaba. Eran sus acciones, sus silencios, sus gestos, sus preguntas y sobre todo su posición vulnerable - de alguien que puede renacer a una vida nueva más consciente y amorosa o anularse en un inconsciente colectivo, el magma de la cultura que no tiene en cuenta la diferencia sexual- la que producía en mí una inquietud, pero también una búsqueda y un deseo de ir más allá, de abrirme al otro y la otra y de confiar en su deseo de “ser en libertad”, alcanzando su singularidad y su apertura al mundo. Acompañarles en su camino y aceptar su mundo con amor, sin confundirnos o fusionarnos con ellos y ellas, constituye una de las mayores mediaciones. Al aceptar sus crisis, sus emociones y su silencio se genera confianza y apertura, y puede operarse una de las mayores transformaciones, la apertura del ser que se interroga: ¿quién soy yo, quién eres tú, quién soy yo para ti, esto que siento y esto que me ocurre qué sentido tiene? Y debo decir que fueron mis alumnas y alumnos de Educación Especial las y los que más me interrogaban y se interrogaban. Y al acoger sus preguntas y hacerlas mías, sin taponarlas, pudimos entrar en una relación de intercambio.

Me narraban sus experiencias, me hablaban de su mundo, de su música, de aquello en lo que creían o no creían. Y yo, expectante, les preguntaba, no para saber lo que no quisieran decirme, sino para poner una duda o una palabra nueva que nos hiciera detenernos en la relación y buscar más allá de las respuestas aparentes, ya dadas. Así fueron surgiendo preguntas: ¿qué es una mujer o un hombre, qué es eso del amor, es la

sexualidad lo que dicen que es, qué pensáis vosotras, qué pensáis vosotros, y- me decían- tú qué crees? Me buscaban, me contaban sus experiencias y dolores- más las chicas que los chicos- y esto constituía materia de estudio. Querían saber. Así, sus preguntas y las mías fueron llenando sus mentes y sus cuadernos. A veces me traían sus historias escritas y otras -demasiado dolorosas para ser puestas en la materia del papel- las escribían y enviaban por ordenador. ¿Qué hacer con estas historias? Fue en relación de complicidad y confianza con una compañera, profesora de Lengua y Teatro, y por amor de las criaturas que se acercaban a nosotras, como empezamos a abrir un espacio de intercambio, un espacio teatral diferente, fuera de los horarios y evaluaciones, donde el cuerpo y las emociones escuchadas y reflexionadas, pudieran hablar de otra manera a la habitual de las aulas y de la escena. Hablaron y representaron diversas maneras de seducir de chicas y chicos, diversos encuentros y desencuentros amorosos, diversos espacios de respeto o de falta de él. Fue un espacio de sorpresas y de creatividad, donde pudimos acoger lo que traían. Nuestra propuesta era tan sólo una invitación. Y la invitación tomó forma, su forma. A pesar de las diferentes edades y de la diversidad del alumnado, buenos alumnos y alumnas y otras y otros no tanto, cada chica y cada chico tenía allí su lugar y su palabra, la suya propia, sin texto teatral.

Hubo risas, juegos y llantos y también desvelación de conflictos amorosos, que con la palabra, dicha desde la libertad y el corte de la diferencia sexual, daba sentido a su experiencia. El espacio se iluminaba de gestos nuevos, palabras y reflexiones. Nacían así a una nueva luz que podía verse reflejada en la expresión de sus rostros. La sorpresa fue que esto que había nacido en un espacio de intercambio se convirtió, por deseo de ellas y ellos y por nuestro propio deseo, en una escena teatral que representaron a sus familias en el teatro de su localidad. De esta manera mostraban parte de su experiencia y de sus inquietudes, pudiendo además observarlo con desapego e inventando nuevos gestos para el amor.

Creo, como dice Asunción López Carretero, *que es necesario leer los conflictos que hoy aparecen en las aulas, cuál es el sentido que tienen, dónde y cómo irrumpen para tratar de hacer de ellos un camino de libertad.* (Educación, nombre común femenino.2006: 139) Y este camino de libertad no se puede recorrer sin aceptar lo que ellas y ellos traen, preguntando, escuchando y deteniendo el tiempo para que surja algo nuevo y pueda volver a pasar la vida.